

Reseña de Libros

La mestiza de Pizarro. Una princesa entre dos mundos.

Álvaro Vargas Llosa, Santillana Ediciones Generales, Madrid, 2003.

“A Francisca Pizarro, heredera mestiza del Conquistador, la Historia le pasó por el costado”: así comienza el autor de esta apasionante novela histórica, la narración de los primeros tiempos de la conquista del Perú por los españoles. Y en adelante será difícil interrumpir la lectura. El relato atrapa por la sucesión de hechos que se suceden sin descanso, por el constante cambio de los acontecimientos, por la sagaz presentación de las ambiciones, esperanzas y dobleces de los hombres de la conquista. Pero sobre todo, atrapa por esa encantadora mestiza, hija de un conquistador español y de una princesa india, que está detrás de cada relato, mirando con sus ojos cobrizos el nacimiento de un mundo y la muerte de otro.

Los acontecimientos se suceden sin pausa: la conquista, la muerte de Pizarro, las ambiciones sin medida, los atropellos, la muerte de Almagro, el comienzo de la explotación, las muertes sucesivas, los enviados del rey, la impotencia y la suerte que cambia con el día... Todo ello va conformando poco a poco un mundo donde todo es nuevo y donde todo es posible, y donde el lugar que cada uno encontrará en él tiene que ver más con la osadía cotidiana que con los derechos adquiridos. Y ante los ojos de la joven heredera de dos mundos, se suceden los hechos que definirán el nuevo sistema de relaciones: el relegamiento indígena, las luchas entre los conquistadores, las sublevaciones, la constitución del poder virreinal, la sociedad indiana que se va conformando y definiendo sin un programa establecido.

Es difícil establecer aquí dónde termina la historia y comienza la novela. Los hechos, los nombres, los lugares y las fechas tienen una fidelidad histórica que asombra, pero resulta poco creíble que existan documentos que puedan atestiguar que Francisca, “cercana a los quince años, poseía ya plena

conciencia de su propio atractivo y de las tentaciones que despertaba a su paso”. Este continuo deambular entre la historia y la novela, entre el relato y la creación literaria otorga a este texto un encanto que atrapa.

Los sucesos se deslizan sin solución de continuidad, y cuando aún no ha terminado de afianzarse la conquista se delinean ya los contradictorios matices de un mundo mestizo. Y es precisamente Francisca, el prototipo del mestizaje, quien encarna en forma pura estos matices. Si “el mestizaje es una de las formas posibles de la pureza”, como afirma Martín Chambi, también peruano y mestizo como la hija de Pizarro, ella lo expresa en toda su expresión. Dos mundos se juntan en ella, y ambos se manifiestan en forma tumultuosa.

La rica heredera, acostumbrada como los de su raza más a escuchar que a hablar, enviada a España por los varones que decidieron su vida al ritmo de las conveniencias políticas y los apetitos, comienza a tomar protagonismo en el Viejo Mundo: ahora sus decisiones se dirigen cada vez más a la tarea que ella misma se asigna y que terminará por marcar su vida para siempre: la reconstitución del nombre y de la hacienda de su padre. A ello destinará sus días en España, a donde llega con radiantes 17 años, despertando la admiración de quienes ven por primera vez una princesa india. El Perú deja de ser un país de fábula para quienes la conocen para ser una realidad.

Y poco a poco va deshilándose el encanto. El lector, que ha visto la conquista con sus ojos asombrados de india y de niña, empieza a ver ahora una mujer preocupada por mantener y acrecentar su hacienda. “Los juicios y pleitos marcaban su vida... muchos de ellos endemoniadamente largos y complejos, en esa cultura jurídica que no venía de abajo, como la inglesa, sino de arriba, y bien arriba”, y las preocupaciones de conservar tanto patrimonio hicieron cambiar los ensueños peruanos por sus menesteres inmediatos: la administración de su hacienda.

“Los años pasaron. Vivió de cerca los acontecimientos de la época. Como todos en la corte, se deslumbró con las obras del monasterio de El Escorial, se estremeció de ira con la rebelión de los Países Bajos y se espantó con la derrota de la Armada Invencible. La corte la había acogido con admiración: el solo nombre del Perú brillaba como el oro en Madrid...”, y Francisca fue cambiando su mirada india por el de una administradora y cortesana.

Y... al final la princesita, que encarnaba las utopías de una cultura que se muere, termina transformada en cortesana y rica administradora. Francisca cambió la utopía de su Historia por la individualidad de su libertad.

Héctor Grenni.